

Festival de Verona

por Francesco Bertini



Escena de *Aida* en la Arena de Verona
Fotos: Ennevi

Aida

Ya hace años que el Festival de la Arena representa esta puesta en escena histórica, vista por primera vez en 1913. El encargado de evocar esta antigua producción de **Ettore Fagioli** fue el director de escena **Gianfranco De Bosio**, quien busca contextualizar los eventos sin excesos y tomando en consideración los dictados históricos. La escenografía es más bien descarnada y respetuosa y se desenvuelve en el surco de la tradición. **Daniel Oren** es un director ya habituado a esta ópera en la Arena y gobierna sabiamente las masas con instrucciones funcionales, siempre teniendo en cuenta los problemas sonoros que tiene esta sede y las exigencias espectaculares del conjunto. La orquesta de la Arena de Verona responde bien al concertador. También el Coro de la Arena se comporta adecuadamente.

La revelación de la noche fue la soprano venezolana **Lucrezia García**, Aida de voz irresistiblemente sensual, si bien puede ser objeto de mejoramiento. La mediocre presencia escénica viene compensada por una interpretación vocal apreciable, dejando a un lado algunas fallas en el último acto. **Marcello Giordani**, Radamès, no tuvo una noche particularmente feliz: no hubo incidencias muy notables pero la entonación fue incierta y algunas emisiones se hicieron fibrosas pasando, al avanzar la función, a parecer verdaderamente dificultosas. **Dolora Zajick**, Amneris, es portentosa; apenas se detiene en las partes iniciales, pero cuando llegan los momentos de gloria del personaje nos deja sentir su voz fastuosa, todavía en posesión de todo su vigor y brindándonos un cuarto acto de intensidad emocionante. La mezzosoprano frasea con naturalidad y es dueña de la completa gama de la tesitura sin temer las dificultades ni de la zona aguda ni la grave. **Ambrogio Maestri** propone un arrogante y estentóreo Amonasro, mientras que **Giacomo Prestia** se desempeña sin problemas en el papel de Ramfis.

Il barbiere di Siviglia

Otro espectáculo más bajo la responsabilidad total de **Hugo De Ana**: se trata de *Il barbiere di Siviglia*. La producción se ha presentado en la Arena desde hace algunos años pero, respecto de la primera vez, ahora nos permite apreciar mejor el trabajo del director de escena argentino, que ha ambientado el asunto rossiniano en un jardín-laberinto, entre verandas y rosas gigantes. También en esta ocasión los colores, la viveza y no menos la coreografía españolizante de **Leda Lojodice** conquistan al público y adquieren con el tiempo una apreciación siempre creciente.

El elenco es casi todo diferente del original pero no logra los mismos buenos resultados. Muy positiva la sorpresa de la concertación de joven veronés **Andrea Battistoni**, quien imparte a la ópera rossiniana brío e incansable vigor; lo respalda con buen gusto y completo conocimiento del papel el tenor **Antonino Siragusa**. Conde de Almaviva, **Bruno De Simone**, intérprete histórico de la producción veronesa, se confirma en un placentero Don Bartolo gracias a su increíble e interminable *verve* escénica y vocal. La Rosina de **Rocio Ignacio**, soprano española, es dinámica y alegre, pero todavía no domina plenamente su medio vocal: la zona aguda presenta problemas frecuentes y la agilidad es aproximada. **Dalibor Jenis** presenta un Figaro con vocalidad estentórea, pero frecuentemente cruda y poco homogénea; sus notas extremas vienen afrontadas con alguna falta de certidumbre, aunque el instrumento es grande e interesante. Al contrario, **Marco Vinco** es un agraciado, a veces demasiado, Don Basilio, siempre atento al fraseo y nunca excesivo. Bien, **Dario Giorgelè** en los papeles de Fiorello y Ambrogio. **Francesca Franci**, Berta consolidada, se apoya en su presencia alegre por no contar ya con una vocalidad fascinante y seductora. El cuerpo de baile y el coro de la Arena se desempeñaron con buenas calificaciones.



Concertante del final del primer acto de
Il barbiere di Siviglia

La bohème

Esta producción, presentada en 2005 y firmada por el director **Arnaud Bernard** y el escenógrafo y vestuarista **William Orlandi**, es una de las más interesantes de las presentadas en la Arena. La escena está casi vacía, con algunas referencias a la buhardilla y al café *Momus*, y sin embargo siempre está presente el clima de París

del principio del ochocientos. Bernard imprime en los bohemios el ardor de la juventud junto al terrible privilegio de vivir todos los sentimientos y sensaciones con la fuerza de su edad. Los dos protagonistas que estuvieron presentes en la *prima* de esta producción hace algunos años trabajan con sapiencia y ductilidad, pero su desarrollo canoro va por distintas vías. **Fiorenza Cedolins**, quien ha reducido el número de sus compromisos por motivos de salud, de inicio sufre un vibrato ligero que es menos notorio según avanza la ópera, pero su Mimì tiene en buena parte los antiguos esplendores.

Marcelo Álvarez es un Rodolfo obligado a revisar o bajar la escritura pucciniana para llegar ágilmente, o casi, al final de la función. El tenor argentino tiene algunas dificultades y no tiene aquel engrimiento de años atrás y parece que está sufriendo los estragos de escoger un repertorio cada vez más difícil y posiblemente demasiado pesado para su voz. Los amigos de Rodolfo son presentados por cantantes fluidos: **Vincenzo Taormina** es un Schaunard preciso, **Luca Salsi** un Marcello fuera de serie y de óptima presencia, **Deyan Vatchkov** un Colline de figura imponente y de vocalidad adecuada. **Serena Gamberoni** es una alegre Musetta de buena técnica a la que se añaden una figura ágil y una emisión feliz para darnos una espléndida versión del personaje. Se le escapan, sin embargo, a **John Neschling** los múltiples puntos que nos ofrece la partitura y dirige con pesantez y poco interés a la Orquesta de la Arena de Verona, mientras que el coro tiene un desempeño interesante. Fue notable el consenso de un público heterogéneo.



Escena del primer acto de *La bohème*

Nabucco

Funciona mucho menos que *Aida* la dirección de escena del mismo **Gianfranco De Bosio**. Se trata también en esta ocasión de una versión histórica con fecha de 1991 que muestra en las escenas de **Rinaldo Olivieri** un cuento oleográfico de los acontecimientos bíblicos. Se distribuyen sobre el terreno algunas gigantescas construcciones características de la época del exilio babilónico, que hacen un fondo poco móvil a los cantantes y que se reducen así a moverse en espacios limitados. Es, en todo caso, una escenografía poco invasiva y que intenta no dañar las exigencias de la dramaturgia en el trabajo verdiano.

Algunos elementos del elenco son molestos porque su trabajo es inconexo y poco plausible. En particular resalta en lo negativo el tenor **Enrique Ferrer**, con su voz inmadura e imprecisa haciendo Ismaele, personaje que vuelve monocorde y ausente. Y también las amplias intervenciones de **Vitalij Kowaljow** que, a pesar de



Escena de *Nabucco*

poseer un instrumento vocal importante, interpreta a Zaccaria, papel importantísimo, con graves deficiencias de entonación y con emisión frecuentemente mal timbrada. También **Eufemia Tufano**, Fenena, y **Manrico Signorini**, Gran Sacerdote de Baal, son aproximativos e impresentables.

La Abigail de **Maria Billeri**, una soprano italiana que en la actualidad tiene mucho trabajo, sufrió por el clima de la noche en extremo calurosa en extremo y las promesas parecían desvanecerse: la entonación se resintió mientras los extremos agudos resultaron frecuentemente enganchados con dificultad. Es una cantante que debemos absolutamente volver a escuchar para apreciar plenamente la calidad y el color fascinante de su voz. El barítono argentino **Leonardo López Linares** intenta mostrar su voz que se ha hecho más oscura, aún dentro de la carencia de fraseo y de sotolinear ciertas líneas dinámicas que fueron pasadas por alto. El trabajo de la orquesta de la Arena de Verona estuvo un poco desatento; el coro, mejor. **Julian Kovatchev** un frecuente director areniano, adoptó una dirección de urgencia.

Roméo et Juliette

La ópera de Gounod fue la más esperada del Festival Veraniego de Verona. Ausente desde 1977, la tragedia de *Roméo et Juliette* vuelve a la ciudad donde se ambienta originalmente la historia de amor, con una producción a dos manos, poco convincente. Las escenas de **Edoardo Sanchi** recrean el gran teatro elisabetiano del Globe en Londres con molestos andamios utilizados para poder hacer mover a algunos personajes, mientras que la dirección de escena de **Francesco Micheli** nos hace revivir un mundo de actores todos masculinos de la época shakespeariana. Hay algunos trozos interesantes en el espectáculo, en particular el momento final de la ópera con el pasar de los dos enamorados por el lunetario, en lo que parece una fuga redentora, pero el público, poco habituado a la tradición areniana, tuvo alguna dificultad en seguir las diferencias en la puesta en escena. La dirección musical de **Fabio Mastrangelo**, limpia pero escasamente personal, no favoreció una participación más completa. La orquesta de la Arena di Verona responde bien y respeta las indicaciones de su director, lo mismo que el coro.

El tenor italiano **Stefano Secco** le da un espíritu juvenil a Roméo



Nino Machiadze (Juliette) y Stefano Secco (Roméo)

gracias a su actuación y al timbre de dulce voz, aún si llegó al final un poco cansado. **Nino Machiadze** conoce el papel de Juliette pero no por esto es un intérprete eficaz: algunas emisiones resultan tensas en los agudos y frecuentemente no logra encarnar el espíritu de la muchacha enamorada. Poco notable el Mercutio de **Artur Rucinski**, con una técnica imprecisa y asperezas que debe corregir. Inconsecuentes, las intervenciones de **Giorgio Giuseppini** como Frère Laurent, y ácidas las de **Jean-François Borrás** como Tybalt. **Ketevan Kemoklidze** fue en cambio un válido Stéphane. Mal le fue al Duc de Vérone de **Deyan Vatchkov** y, muy deficiente, **Manrico Signorini** fue Capulet. El público se mostró desconcentrado y poco entusiasta.

La traviata

A un año de los festejos del XIX aniversario de su nacimiento, el Festival Arena de Verona es cauto en sus decisiones artísticas, manteniendo en el repertorio los usuales con la única añadidura de *Roméo et Juliette*. La inauguración fue confiada a una nueva producción de *La Traviata* de Giuseppe Verdi, cuidada enteramente por **Hugo de Ana**; la dirección de escena, el vestuario y las luces son manejadas sabiamente por el argentino que imprime su propia marca a la presentación. El arreglo escénico, junto con las vivaces coreografías de **Leda Lojodice**, disfrutaron del gran espacio de la Arena desahogando el universo de colores que tanto caracteriza a De Ana. Sin embargo, la dirección no tiene puntos de gran interés más allá del simple desenvolvimiento de los sucesos que se tratan bien. El escenario está cubierto de grandes marcos dentro de los que se desarrolla la historia de los personajes destacados.

No contribuyeron los cantantes a elevar el tono de la presentación, y menos aún la dirección poco vibrante y animosa de **Carlo Rizzi**. **Elena Mosuc** conoce el papel de Violetta Valéry pero nos pareció más preocupada de afrontar los problemas de la escritura verdiana que a darle humanidad al personaje. No fue impecable la entonación ni la seguridad en los agudos, pero el registro central es redondo y fascinante, y aún más al avanzar la función. **Francesco Meli**, entrando recientemente al repertorio verdiano, goza de un instrumento naturalmente dotado pero todavía inmaduro para este repertorio que requiere un estilo en el cual no está completamente a gusto. Habitado previamente al canto rossiniano y donizettiano, parece torpe ante la presencia de las frases verdianas y algunos agudos no tuvieron una emisión particularmente buena.

El sólido Giorgio Germont de **Vladimir Stoyanov** no parece confirmar las alabanzas usuales, denotando más bien algunas dificultades de emisión aunque su presencia escénica resulta siempre confiable. Entre los comprimarios resaltó **Saverio Fiore**, un buen Gastone. La aportación del coro y el cuerpo de baile, preparado por **Maria Grazia Garofoli**, salió bien de la prueba. ◦



La traviata inauguró el Festival de Verona 2011